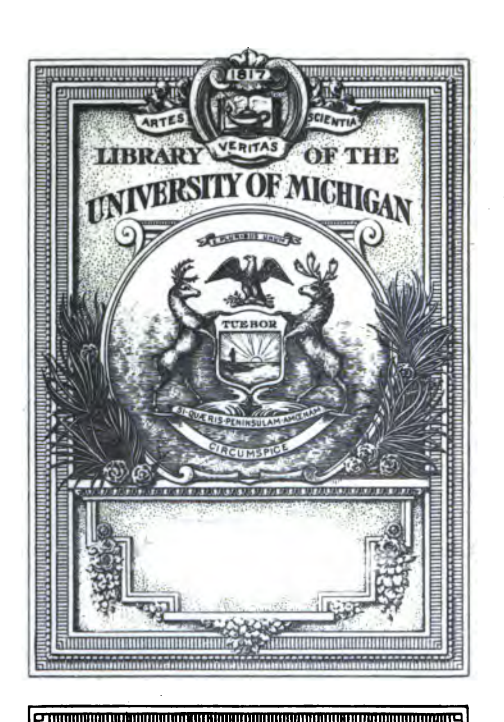

1817
ARTES
SCIENTIA
VERITAS
LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF MICHIGAN
TUEBOR
SI QUÆRIS PENINSULAM AMOENAM
CIRCUMSPICE

ROMANCERO





ALONSO PEREZ DE GUZMAN

ROMANCERO

[illegible]

D. MANUEL [illegible]

Y

D.ª ADELAIDA [illegible]

[illegible]

BAD[illegible]

[illegible] Hermanos.

ALONSO PEREZ DE GUZMAN.

ROMANCERO.

DEDICADO A LOS EXCMOS. SRES.

D. MANUEL PEREZ DE GUZMAN

Y

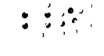
D.A ADELAIDA PICKMAN,

Marqueses de Jerez de los Caballeros,

POR

D. JUAN JUSTINIANO Y ARRIBAS,

Coronel de Caballería, etc., etc. etc.





BADAJOZ:

Imp., Litg. y Encuad. de Uceda Hermanos,

1896

Justiniano y Arribas, Juan Nepomuceno de

Tirada de ciento cincuenta ejemplares.

Excmo. Sr. Marqués de Jerez de los Caballeros, Diputado á Córtes.

Muy distinguido señor y queridísimo amigo: A los 70 años no se hacen composiciones poéticas merecedoras de apláuso; porque á la gran pesadumbre de tal edad se postra la más vigorosa energía, y el entusiasmo y la inspiración desfallecen.

Agobiado yo por los rigores de esa edad tristísima, en que parece que todo nos huye, y abrigando la creencia de que

mis esfuerzos serían estériles para producir nuevas poesías, dignas de estimación, me decidí á abandonar la pluma; y dejándola al fin, me entregué, como en desmayo, á ociosidad inerte.

No me vi á solas en tan fria ociosidad. Acompañábanme en ella los recuerdos de mis breves goces y de mis hondos sufrimientos pasados; y no puede ocultarse á la ilustración de V. que siendo los recuerdos verdaderos amigos del hombre, viven con él, y ván con él hasta el sepulcro.

Entre esos recuerdos de mi ya larga vida, fijóse un dia y otro en mi mente el de

haberme dicho V. en varias ocasiones que le placería tener en su biblioteca un Romancero, hecho por mí, «al héroe de Tarifa»; y movido por el deseo de complacer al amigo querido, llevé la mano á la abandonada pluma, y fruto de ella son los catorce romances que forman el Romancero expresado.

Dedícolo, pues, á V. y á su dignísima esposa la Sra. Marquesa, dama de relevadas prendas y tierna madre de sus hijos; y si ésta, á quien admiro y respeto, me dispensara el honor de recibirlo con agrado, y V. con benevolencia, veré cumplido mi deseo.

Es siempre de V. su más leal y cariñoso amigo

J. Justiniano.



ROMANCE I.

De Sevilla en el alcázar,
á inerte quietud forzado
contra sus nobles deseos
de conquistar nuevos láuros,
en el salón donde el trono
se ostenta, y en él sentado,
rostro grave y labio mudo
está el monarca Don Sancho,
á quien la historia apellida
en sus páginas el Bravo.
  Es valiente entre valientes:
desde sus más verdes años
amó, cual bien, el peligro;
rayó en audacia tan alto,
que allí donde los guerreros
del Corán su enseña alzaron,



de las haces castellanas
el rudo empuje afrontando,
él allí, de ellas al frente,
para herirlos y postrarlos,
fué el primero en embestirlos,
el postrero en huir el campo.
Tarifa, que bajo el yugo
de los fieros africanos
en las sombras de la noche
vertía copioso llanto,
vióle llegar con sus huestes
ginete en corcel lozano
que fuego por los ollares
despedía relinchando,
y temblar hacía el suelo
al golpear de sus cascos.
En balde los islamitas,
á los adarves volando,
de aguda pica y alfanje,
y de ballestas armados,
al son marcial de las trompas,
las almenas coronaron!...
De ellas en balde, rugiendo
cual tigres, de sangre avaros,

lanzan á los sitiadores
nubes de piedras y dardos,
que embozando el firmamento
el día en noche trocaron!...
En balde, en balde bravean,
y aspiran al triunfo en vano,
repeliendo corajosos
un asalto y otro asalto;
pues tras larga horrenda lucha
en que el rencor, desbordado
del corazón, era guía
del uno y del otro bando,
el de la cruz corre al muro;
lo escala; y al dominarlo,
en él clavó su bandera
el monarca Sancho cuarto.
¿Por qué pues, como rendido
de avasallador cansancio,
y cual si ya no alentaran
en España mahometanos,
deja dormir el acero,
y dá reposo al caballo?
¿Qué le tiene?—Internos males,
como roedor gusano

que taladra el roble altivo,
iban su ser devorando;
y empujábanle al sepulcro
con tal ira y ardor tanto,
que eran de su vida meses
los días, los meses, años.
Mas ni la salud perdida,
ni de su reino el estado
que su existencia colmaban
de sinsabores amargos;
ni la tenaz rebeldía
de los Laras y los Haros;
ni el proceder fementido
de Don Juán su propio hermano,
que se agitaba incansable
siempre contra él conspirando,
á domar potentes fueron
su altivez y brio innato:
que es de temple diamantino
el corazón de Don Sancho.
Y aunque parezca en tal hora
que alienta en sosiego blando,
al saber de los empíricos
y á su consejo entregado,

que fían de su dolencia
redimirle en breve plazo;
ni derpierto, ni al cerrarse
del sueño á influjo sus párpados,
pudo respirar tranquilo,
jamás durmió sosegado.
Védle! Medita. Le aflige
la pobreza del Erario,
y apénale que Algeciras
gima del infiel en manos;
y con ambos pensamientos
su espíritu preocupado,
sufre, y juzga que la guerra
le está á Algeciras llamando,
y que bríndale Algeciras
alto honor; mas si á alcanzarlo
sóbranle valor y audacia,
siéntese de fuerzas flaco.
Duda?—No. La faz ya eleva;
gira el mirar, mueve el labio;
sonríe y la voz desata,
cual consigo mismo hablando.
«—Como Tarifa, Algeciras
será mía... sí... serálo!...

»No importa que á tal empresa
hállese el tesoro exháusto;
pues habiendo armadas huestes
y en la mar flotantes náos,
fuera ¡vive Dios! mancilla
no abrirme en sus muros paso.
»Caerán!... Y verán los moros,
que señorean ufanos
la ciudad, fulgir triunfante
en sus torres, por mí alzado
sobre las lunas malditas,
de Cristo el madero santo!—»
Esto dijo; y en la diestra
la pálida sien posando,
el labio selló; y su mente
de nuevo á asaltar tornaron,
en ráudo tropel confuso,
pensamientos encontrados,
y recuerdos de otros días,
que olvidar ansiaba acaso.

II

ORILLA del claro Betis,
que á la mar su curso lleva,
besando fragantes flores,
y arrastrando áureas arenas,
se vé un varón, caballero
sobre un alazán que airea
con la crin rizada en ondas,
larga, lustrosa y espesa,
el ancho pecho y espaldas,
al sacudir la cabeza,
y que obediente á la mano
que su noble ardor refrena,
el airoso cuello enarca,
el aire su aliento incendia,
y avanzando en su camino,
gallardamente bracea,
y barre á la par el polvo
su cola sedosa y suelta.

El bordado paramento,
la silla, las estriberas
cinceladas, y el rendaje
que el fogoso bruto ostenta,
ván por doquier pregonando
de su dueño la opulencia;
y al par éste, por lo altivo
y por lo apuesto, demuestra
ser de esclarecida cuna,
y de relevadas prendas.
Ciñe su frente, y le cubre
y defiende la cabeza,
acerado capacete
con plumas en la cimera.
Viste fina malla, dura,
impenetrable, y sobre ella,
leve, airosa y blanca túnica,
que de la nieve es afrenta.
Lleva en el arzón terciada
la pica de punta férrea,
ancha cuchilla en el cíngulo
y daga punzante y fiera.
Calza acicates de oro:
y brilla en su faz serena

la fidelidad del alma,
del corazón la grandeza.
¿Que quién es?—Alonso Pérez
de Guzmán, Señor de Niebla
y de Nebrija. Del Africa
en las ardientes arenas,
y en sus bosques y llanuras,
y en sus montañas enhiestas
sirvió al Emir de Marruecos,
á ahogar intestinas guerras,
que Príncipes codiciosos,
ciegos de ira, encendieran;
y en Féz y en Trípoli... en cuantas
batallas riñó, la enseña
del Emir alzó triunfante,
y alcanzó por sus proezas,
como capitán ilustre,
timbres y fortuna inmensa.
Por respeto á su persona,
sometido á su obediencia,
un escudero le sigue,
cabalgando en noble yegua
de cerviz erguida en arco,
y de gallarda cabeza,

de ojos vivos y salientes,
de gran poder en las piernas,
de vigoroso resuello,
y de sangre cordobesa,
y más veloce que el viento
y más que la noche, negra.
En silencio caminaban
Señor y escudero, puesta
la mira en el ancho río
que en sonoro curso ondea,
y de limpio cristal líquido
campo temblador semeja,
que esplende, bañado en lumbre
por el sol, que en él riëla.
Quizás el fiel escudero
en contemplar se deléita
los bajales que en sus aguas
el Guadalquivir sustenta,
y la lozana verdura
que alfombra su orilla fresca.
Acaso en tales instantes
el ilustre Señor piensa
que el ocio en los caballeros
el vigor innato enerva;

y que cuando España lidia
por cobrar su independencia,
arrojando á los infieles
por siempre de sus fronteras,
que la saña vengativa
y la traición les dió abiertas,
fuera mengua que un magnate,
cuya cuna rodó en ella,
que lleva espada en el cinto
y calza agudas espuelas,
no le ofreciera su brazo...
su vida no le ofreciera.
Y juzgando que le llama
la pátria á la lid sangrienta;
que tal vez el Soberano,
á proseguir sus empresas,
de su ayuda necesite,
y que se la preste espera,
por su pátria y Sancho el Bravo
¿qué no hará el Señor de Niebla?
Y resuelto á dar cumplido
lo que el propio honor le ordena,
tiende el mirar á la altiva
ciudad, sin segunda bella,

que rescató San Fernando
de las lunas sarracenas;
y torciendo de improviso
del corcel la blanda rienda,
y picando sus hijares,
y dirigiéndose á ella,
de su escudero seguido,
al trote llegó á sus puertas.
Sin tenerse las trasponen
uno tras otro; y se internan
en las tortuosas calles,
que al augusto alcázar llevan.

III.

ERA la hora en que el astro,
del campo etéreo monarca,
desde el cenit la luz pura
de sus rayos enviaba,
abrillantando en Sevilla
del Guadalquivir las aguas,
y anunciando al par que el día
ya su carrera mediaba.
Alegre reía el cielo;
ni ligeras nubes pardas,
ni blancas nubes flotantes
á trechos lo mancillaban;
y la gentil primavera,
que orgullosa de sus galas
con aromas respondía
á los besos de las áuras,
inspirando al par que amores
dulcísimas esperanzas,

había en Edén trocado
los jardines del alcázar.
En tal hora Sancho el Bravo
huéllalos con débil planta,
respirando las esencias
con que el céfiro embalsaman
las flores, que abrió el rocío
á la sonrisa del alba.
Como atraido por ellas,
de trecho en trecho se para,
ya á admirar las que pendientes
brillan de las verdes ramas,
ya las que apenas del suelo
la frente humildes levantan,
y de risueños matices
la menuda yerba esmaltan.
De improviso la flaqueza
de su edad viril compara
con la espléndida hermosura
de las flores nacaradas,
que sonríen á sus ojos,
llenas de vida y fragancia,
y alterado su semblante,
la altiva frente nublada

y fruncido el entrecejo,
de ellas el mirar aparta;
porque ante ellas á apenarle
extrema su ardiente saña,
traidor, sin igual impío,
el mal que su sér estraga.
Esquivando los jardines,
con lento paso desanda
las calles, que anduvo en ellos,
por altos bojes formadas;
y al llegar al ancho estanque
cuyas cristalinas aguas
copian el azul del cielo,
y los árboles retratan,
miróse en ellas, y al verse,
con voz tristísima exclama:
«Ay!... en la vida son sueños
falaces las esperanzas!..!
La paz que del alma huye,
tarde, ó nunca, vuelve al alma!
Cuando la salud los males
con fiero rigor quebrantan,
muy tarde, ó nunca, la ciencia
en el hombre la restáura!

Sea, pues, lo que Dios quiera!...
Cúmplase lo que le plazca!»
Esto dijo; y á sus párpados
asomándose una lágrima,
borróla; siguió su curso
y entró en el soberbio alcázar;
y al traspasar la alta puerta
de la excelsa real Cámara,
toma asiento en ancha silla,
en cuyo espaldar resaltan
de Castilla la corona
y el escudo de sus armas.
Sumido en hondo silencio,
é inmóvil, como una estátua,
quedó lijeros instantes
el castellano monarca;
y al mirarle, parecía
que el sueño le dominaba,
é iba ligando sus miembros
con sus invisibles trabas,
ó que en lánguido desmayo
sus dolencias le postraban.
Como el matinal rocío
las bellas flores levanta,

que al espirar de la tarde
en sus tallos se inclinaran;
así al girar en sus gonces,
rechinando, la elevada
puerta del salón del trono,
Sancho el Bravo veloz alza
la pálida augusta frente,
y la vista en ella clava.
Noble paje en tal momento
el marmóreo umbral traspasa;
ante el rey la faz inclina,
y pronuncia estas palabras:
«A llegar al pié del sólio,
donde sois de Dios por gracia,
y ofreceros, cual le cumple,
su hacienda y al par su espada,
la vénia de vuestra alteza
un caballero demanda.»
«¿Quién es, pues, el caballero?»
pregunta al paje el monarca;
y aquel le responde: «Alonso
Pérez de Guzmán, que en Africa...»
Basta: (replica Don Sancho)
Despejad y dadle entrada»

Obedece el noble paje:
la puerta Guzmán traspasa:
descíñese el capacete:
detiénese un punto; baja
levemente la cabeza,
y después con grave páusa,
el breve trecho cruzando
que de Don Sancho le aparta,
llega ante él, y la rodilla,
fiel vasallo, en tierra clava.
Tendiéndole el Rey la diestra,
«alzaos, Guzmán», exclama:
éste en ella, al levantarse,
reverente el labio estampa.
Leves instantes quedaron
en silencio, la mirada
del Rey fija en el semblante
de Guzmán, como si ansiara
leer en él lo que en el pecho
á sus ojos ocultaba,
y la de Guzmán serena
y en la augusta faz clavada.
Rompiendo al cabo el silencio,
ésto le dijo el monarca;

«Pronto estoy, Alonso Pérez,
á escuchar vuestra demanda:
que mal pudiera á mi oido,
siendo vuestra, no ser grata.
Exponed, pues, vuestro anhelo
sin rebozo, con voz clara:
que si es justo, y de vos digno,
como creo, la esperanza
que en mí fundeis de su logro
no la vereis defraudada.»
No habló más. Guzmán prorrumpe;
«Mil gracias, Señor, mil gracias!..
De vuestra bondad excelsa
verlo cumplido esperaba;
y añadió:—De eterna gloria
coronaros á Dios plazca,
y la salud devolveros,
concediéndoos vida larga.
«La mía, Señor, gustoso
diérala en bien de la pátria:
que la pátria es nuestra madre,
y villano quien no ampara
á su madre, si afligida
por hondos males se halla.

«Vos, Señor, lidiais por ella;
y hoy por vos en la alcazaba
de Tarifa ondula al viento
la bandera castellana,
y la cruz de Cristo esplende
de sus templos en las aras.
Para asediar á Algeciras,
por infieles dominada,
hurtando el cuerpo al reposo,
formais legión fuerte en armas;
y para cerrar el paso
del Estrecho á las del Africa,
teneis anclada en el puerto
de Tarifa recia armada.
Conozco, cual vuestra alteza,
de tal ciudad la importancia,
y de Yussuf los esfuerzos
por volver á conquistarla.
Sé que por vos la mantiene,
y la defiende y la guarda
Don Rodrigo Pérez Ponce,
Maestre de Calatrava,
que hará vanas, como el humo,
de Yussuf las esperanzas;

mas sé lo mucho que os cuesta
el tenerla fuerte en armas.
«Para librar al Erario
de tan ponderosa carga,
os ofrezco de mi hacienda
acudir á sufragarla;
y si blando al ruego mío
me otorgais la honrosa gracia,
de encomendarme el gobierno
de tan importante plaza,
juro, Señor, por mi nombre,
y por la cruz de mi espada,
ser escudo por vos de ella,
si las lunas la asediaran,
y mantenerla sumisa,
cual hoy, á vuestra ordenanza.»
No añadió más. Sancho el Bravo,
que afable rostro escuchara
tal oferta, quedó un punto
en silencio, la mirada
fija en el buén caballero
que tan leal se mostraba;
y dió al fin con voz entera
tal respuesta á su demanda.

«Vuestras ofertas acepto,
que son por extremo hidalgas,
y quiero daros cumplido
el deseo que os realza.
«A que os entregue las llaves
de esa ciudad tan preciada,
llevará mi mandamiento
un paje, al rayar el alba,
á don Rodrigo, Maestre
de la Orden de Calatrava.
«Alcáide sois de Tarifa:
volad, pues, á gobernarla:
como quien sois, defendedla
de las iras africanas;
y si llenais vuestro cargo,
como el propio honor os manda,
el Ser Supremo os ayude,
y os tenga siempre en su gracia.»
Calló; y extendiendo el brazo,
la puerta á Guzmán señala:
éste, mudando el semblante,
con voz conmovida exclama:
«La honra que á vuestra alteza
débo, señor, es tan alta,

que á la par que me orgullece,
de gratitud colma el alma.»
E inclinándose de nuevo,
besó la diestra al monarca,
el ancho salón traspuso
y abandonó el régio alcázar.
¡Ay! Guzmán no presentía
que la augusta confianza
con que honrábale don Sancho
hubiera al fin de pagarla
á tal precio, que su vida
hasta la muerte amargara!

IV.

DEJANDO del Occidente
sobre los sombrosos mares
de nácar y ópalo y oro
y de esmeralda celajes,
que en el puro azul del cielo
mienten peregrino esmalte,
el sol sepulta en las olas
su cabellera radiante,
y solitario se muestra
en las regiones del aire,
de nítida luz orlado,
el lucero de la tarde.
A su fulgor, en Tarifa
desatan sus sones graves
en las torres de los templos
del Dios Hijo los metales,
al par que los prestes rezan
en sus sacrosantas naves;

y los guerreros que escudan
la ciudad y sus adarves,
y los nobles hijos de ella
so el techo de sus hogares...
todos, sí,... todos saludan
con las palabras del ángel
á la que es Reina del cielo,
y de pecadores Madre!
Mientras oraban, la noche,
amparadora constante
de enamoradas doncellas
y de resueltos galanes,
y á la par muda testigo
de crímenes espantables,
lentamente iba vertiendo
en montes, pueblos y valles,
desde la región etérea,
sus tinieblas impalpables.
Al fin impera en Tarifa
augusto silencio: bate
sus alas sobre ella el sueño,
y adormécela: no hay
en tal hora ser humano
que en sus solitarias calles,

veladas por negras sombras,
osado la planta estampe.
Empero no todos duermen
en la ciudad. Homenaje
le hizo de ella á Sancho el Bravo
Pérez de Guzmán su Alcaide;
y como es buen caballero,
y el cargo que ejerce es grave,
por llenarlo, como cumple,
le es forzoso al sueño hurtarse.
Vela Guzmán! En la torre
de la alcazaba, do enantes
brilló de la medialuna
el ominoso estandarte,
y donde hoy de Castilla
la enseña esplende triunfante...
allí... en el estrecho espacio
de una á otra almena miradle,
al fulgor que en torno vierte
la roja luz oscilante,
que, cual faro, sobre él luce,
pendiente de un asta al aire.
Mas teniendo establecidas
velas que el recinto guarden,

¿por qué se niega al reposo?...
¿Por qué con celo constante
de sus mismas centinelas
es centinela incansable..?
¿Duda de ellas?.. ¿Teme acaso
que á sus mandamientos falten?—
—Ah! no! Respétanle y aman:
¿y qué mucho que le amen,
si es sin rival generoso,
y de corazón tan grande,
que en amparar á su gente
no hay capitán que le iguale?
¿Presiente acaso que puedan
las sarracenas falanjes,
de tinieblas protejidas,
á sus muros acercarse,
y que, veloces cual tromba
que asuela el campo do cae,
los cerquen y los embistan,
y furibundas los salven?
—Presiéntelo! y en su pecho
la confianza no cabe
de que no vengan sañudas
á renovar el combate;

pues conoce que en extremo
son los muslines tenaces;
que una vez y otra vencidos
vuelven á lidiar, y sabe
que recobrar á Tarifa
son su sueño y sus afanes.
No es pues extraño que en vela
previsor la noche pase:
quiere que le hallen despierto,
si venir contra él osaren.
Y vendrán! Ved!... De Algeciras
legión mahometana parte
de peones agueridos
y ginetes incontables,
y hollando las agrias sendas
que paso entre montes abren
á la ciudad de Tarifa,
é imaginando que yace
en brazos del sueño avanza;
pues anhela, antes que raye
el alba del nuevo día,
caer sobre ella; cual caen
sobre dormido rebaño
hambrientos lobos voraces,

¿Lo alcanzará?—Por sorpresa
no receleis que lo alcance.
Coronarán de Tarifa
las torres y los adarves
los guerreros, que ahora duermen,
cuando las trompas los llamen!...
Y los llamarán!... que vela
por ellos Guzmán no en baldé.

V.

SOÑOLIENTA y muda sigue
su curso la parda noche,
y no parten de Tarifa
ni los más leves rumores.
Sólo el augusto silencio,
que domina en ella, rompe
la voz de *¡alerta!* y ¡alerta!
uno tras otro responden
los bizarros guardas, puestos
en sus muros y en sus torres.
 Después que el ancho recinto
de la Plaza tal voz corre,
torna á reinar el silencio,
que, al sonar ella, turbóse;
y envueltos en las tinieblas
los valerosos peones,

que velan, para que el pueblo
en sabrosa paz repose,
ni se ven unos á otros,
ni ojos hay que verlos logren.
Empero todos divisan
de la alcazaba en la torre
la roja luz, que les dice,
que aunque la ciudad rindióse
del sueño al halágo, vela
su dormir su Alcáide noble.
Varón entre fuertes fuerte
no hay fatiga que le postre,
ni hubo jamás en lid ruda
peligro que audaz no afronte...
en provocarlo y vencerlo
fundó su dicha de jóven.
Qué!... ¿No le veis? Como estátua
del castillo en lo alto, inmóvil,
y apoyado en una almena,
tiende el mirar á los montes;
mas avistarlos no alcanza,
porque la sombría noche,
que embozaba el ancho mundo,
á sus ojos los esconde.

Sordo rumor de improviso
alzarse á lo lejos oye,
que de instantes en instantes
acreciendo, suena al postre,
cual los que el Noto produce
de espesos pinos en bosque;
y los ecos despertando
de las escarpadas moles,
resuena ya más vecino,
como el resuelto galope
en pedragosa llanura
de marciales escuadrones.
Veloz cual rayo, levanta
le frente Guzmán entonces;
tañe la áspera bocina;
y clarines y atambores
respondieron, desatando
agudos y roncos sones;
y la ciudad, sacudiendo
los lazos del sueño, alzóse,
y los mílites cristianos
á cubrir el muro corren.
¡Ya son en él! Cien antorchas
con sus rojizos fulgores

hicieron fácil su ascenso
en las sombras de tal noche;
y al brillar en el adarve
temblosas, cual si el azote
del viento las agitara,
y no la mano del hombre,
á sus trémulos reflejos
vé Guzman desde su torre
que en el muro no hay espacio
de una almena á otra donde
no relumbre aguda pica,
ó tersa espada no asome.
Respiró al verlo tranquilo;
y como caudillo noble,
que por unir nuevos timbres
de su pátria á los blasones,
con desprecio de la vida
lánzase á la lid, y opone
el tajante hierro al hierro
en el tremebundo choque.
Guzmán la llegada espera
de los fieros escuadrones,
que so el guión sarraceno
combatir sus muros osen,

para probar á Don Sancho
que no serán inferiores,
en defenderlos, sus brios
á los que antes en su nombre
desató por mantenerlos
Don Rodrígo Pérez Ponce.
No en balde los esperaba
el ilustre Alcáide. Al postre,
en nubes de polvo envueltos,
descendieron de los montes
para embestir á Tarifa
los africanos feroces;
y mientras sus caballeros
aguijando los bridones,
en la anchurosa llanura
extendíanse veloces,
las escalas al asalto
aprestaban los peones.
En tanto de las tinieblas
el espeso crespón rompe
trémulo albor y confuso
que luce en el horizonte;
y á trabar la lid sañuda
en sus sangrientos rencores

uno y otro bando aguardan
que el dulce rayo colore
del lucero matutino
cielo y mar, campos y bosques.

VI.

La luz confusa del alba
iba arrollando y venciendo
las sombras con que la noche
encapotó el firmamento;
mas los alados cantores
que ayer con dulces gorgeos
saludáronla, poblando
de harmonía el vago viento,
hoy del campo de Tarifa
en volar rápido huyendo,
á otros valles y arboledas
á soltar su canto fueron.
¿Quién lanzólos de sus nidos?
¿Quién de aquel campo risueño,
do alzaron himnos sublimes,
palpitantes de contento,
á deshora los aparta
para no tornar á verlo?

Gran torrente impetuoso
de mahometanos guerreros
de Tarifa en la llanura
cayó y cubrióla soberbio;
y allí dó la paz se altera...
dó el ódio y rencor sangriento
arman el brazo del hombre,
y encienden la lid rugiendo,
los pájaros enmudecen,
y poseidos de miedo,
vuelan á buscar asilo
muy lejos de allí... muy lejos.
Brilló al fin la bella aurora
en el claro azul del cielo;
cual brilla rico diamante
en el níveo olán, que el cuello
vela de la virgen casta
y el alabastrino seno.
Brilló; y á su luz divina,
que alegra la mar y el suelo,
el parche y trompas hispanas,
y atabales sarracenos
desataron de improviso
á las áuras sones bélicos;

y desde la alta alcazaba
oteando el campamento,
hallólo Guzmán poblado
de máquinas y de ingenios,
y de incontables infieles,
que formando un arco inmenso
en la anchurosa llanura,
agitábanse resueltos
á escalar en lid sangrienta
las torres y muros recios
de la ciudad, que los mira
con la altivez del desprecio.
Acaso Guzmán ansiaba
avistar al frente de ellos
al caudillo mogrebita
que los guia en tal empeño;
y de repente á sus ojos
ofreciose un caballero
sobre un brioso tordillo,
que tascando el duro freno,
el aire que respiraba
volvía trocado en fuego
Ciñe el gallardo ginete
casco de bruñido acero

sin penacho, y de él en torno
cándido lino revuelto.
Prendido con áureo broche,
blanco alquicel lleva al cuello,
y sobre la fina malla,
de que se muestra cubierto,
penden de bordado cinto
áncho alfanje y puñal fiero.
Con la vista en él clavada,
cual dardo, instantes lijeros
quedó el magnánimo alcaide,
contemplándole, suspenso.
Conocióle? Sí, por Cristo!...
y con el muslin al verlo,
la indignación sube al rostro,
le enciende ira noble el seno,
y de él el mirar aparta,
al clarín señal haciendo.
Sonó! De torres y muros
lanzan los de España al viento
agudos dardos y piedras,
que como turbión, cayendo
sobre las bárbaras haces
del bando infiel sarraceno,

honda confusión producen,
y siembran estrago horrendo.
Salvajes gritos, que asordan,
del mahometano partieron,
semejantes al rugido
que despide león hambriento;
y de improviso, entre insultos
y maldiciones y fieros,
sus falanjes, que se ardian
de venganza en afán ciego,
avecinan á los muros
sus destructores ingenios.

Puesta en ellos la esperanza
del triunfo, golpes tremendos
descargaban los arietes
en sus sillares, haciendo
temblar la recia muralla
en sus profundos cimientos.
Más ¿qué importa que la hieran
con sacudir tan violento,
si verán los mahometanos
fallido su ardiente anhelo,
é ilusoria su esperanza,
y estériles sus esfuerzos?

¡Veránlos, sí! Defendida
de la cruz por los guerreros,
más duros que sus almenas,
más resistentes que el hierro,
apenas estremecerse
so la planta la sintieron,
á los golpes repetidos
de las palancas de acero,
sobre las bélicas máquinas
arrojaron turbión nuevo
de arpones y de peñascos
que en polvo con ellas dieron.
Rugió de rabia el caudillo
del bando enemigo, al verlo,
y de cólera las huestes
que lo acataban rugieron;
y para embestir el muro
esperan su mandamiento.
Diólo al fin.»—Hijos (exclama)
del Corán!... gloria al primero
que huelle audaz el adarve
de ese muro! ¿Cuándo freno
pusieron vallas y torres
á vuestro indómito aliento?

«Pensad que la patria os mira!
Mengua fuera ¡vive el cielo!
que á la muerte prefiriéseis
el baldón del vencimiento!
Al asalto! Mahometanos,
á triunfar, ó á caer muertos!»
Así exclamó.—Como suele
en la estación de los hielos,
del Aquilón al bramido,
revolver la mar su seno,
y alzando hervorosos montes,
rabiosa azotar con ellos
el altivo y duro escollo,
á su ira salvaje opuesto;
así del feroz caudillo
al imperatorio acento,
fieras masas mogrebitas
veloces se revolvieron,
y al punto á asaltar volaron
el muro, que escuda al pueblo;
mas como al chocar las olas
contra peñón jigantesco
estréllanse, y rotas caen
de él al pié, roncas mugiendo;

así al pie del fuerte muro,
que es de sus ánsias objeto,
las masas del islamismo,
rotas, el polvo mordieron.
  Exhalan gritos de triunfo,
que vuelven del mar los ecos,
los que amparo en Guzmán tienen
á la par que heróico ejemplo;
y al resonar tales gritos
en el ancho campamento,
que del bando infiel cubrian
peones y caballeros,
crece la sed de venganza
en los mahometanos pechos,
y las faces y los ojos
purpura de la ira el fuego,
del corazón desbordándose,
para contenerlo estrecho.
Como en el constante giro
de la gran rueda del tiempo
suceden otros instantes
á los instantes que huyeron
con rapidez tan pasmosa,
que para ponerle término,

ó tenerla, no fué dado
al mortal poder ni freno;
así á las bravas falanjes
del africano hemisferio,
que á embestir el muro vuelven
con asordador estruendo,
y rotas y rechazadas
por los cristianos se vieron,
otras mayores suceden,
que en su furia y ardor ciego
alcanzando igual fortuna
veloces retrocedieron.
Oh!... Mirádlas!... Ya en el campo
del real infiel asiento,
se agitan en remolino,
nueva embestida eludiendo,
y con las que antes cejaron
únense en tropel de infierno;
y al son del gritar que lanzan,
asordador como el trueno;
gritar en que se confunden
ayes, quejas y lamentos,
maldiciones y blasfemias
de irados y heridos pechos,

en vano entre ellas se arrojan,
faz adusta y torbo ceño,
su rencoroso Caudillo,
traidor de Castilla al reino,
y sus bravos capitanes,
tan audaces cuanto fieros,
uno y otros codiciando
hacerlas oir su acento.
En balde las increpaban,
restaurar ansiando el fuego
del amor patrio en sus almas,
inspirador de altos hechos:
que allí donde reina solo
universal desconcierto;
allí donde nadie presta
al mandar oido atento;
allí donde nadie calla
y todos gritan á un tiempo,
mueren las increpaciones
y los mandatos sin eco.
Lo que no alcanzó el caudillo
Don Juán; lo que no pudieron
conseguir sus capitanes,
duplicando sus esfuerzos,

sin voces y sin fatiga
lógranlo, aplicando el hierro
á sus fogosos corceles,
los ginetes sarracenos,
que avanzaron al galope
y ante el muro se extendieron.
Los peones mogrebitas
avergonzados al verlos,
veloces, cual ígneo rayo,
lanzarse á cubrir sus puestos,
súbito enciéndense en ira,
y á sus gritos fin poniendo,
á renovar el combate
á sus escuadras se unieron.
Era tarde! El sol, su disco
en el mar de Ocaso hundiendo,
hurtó á la tierra sus rayos,
dejó á la noche su imperio,
y el batallar suspendiose
del sitiador á despecho.
Mas antes de que tendiera
la noche su pardo velo,
y embozara en densas sombras
el mundo y el firmamento,

vió Don Juan, no sin angustia,
y los del turbante vieron
á Guzmán en la alta almena
con la vista fija en ellos,
tinta en sangre la muralla,
sembrado el campo de muertos,
la bandera de Castilla
ondeando al vago viento,
y la cruz sobre las torres
de los sacrosantos templos,
cual amor y eterno amparo
de los cristianos guerreros.

VII.

LA tierra envuelven las sombras
que vertió la noche muda,
al tender su pardo velo
de polo á polo en la altura,
y del campo de Tarifa,
do sentó la medialuna
sus reales, cien hogueras
la vasta extensión alumbran.
Reina el silencio en la plaza
y en la anchurosa llanura,
tras el estridor horrendo
de la encarnizada lucha,
como impera en el espacio
tras la tormenta sañuda;
y aunque en una y otra hay párpados
que cierra el sueño, en ninguna
de las dos los guerreadores
de sus armas se desnudan,

ni entregándose al reposo
llenar su deber rehusan:
que darse al sueño en tal noche
fuera falta de cordura.
Mas cuando el alba, rompiendo
el capuz nocturno, luzca,
y tornen los islamitas
á renovar la lid ruda,
¿lograrán entrar á saco
la altiva ciudad, que escudan
Alónso Pérez, su Alcáide,
y los varones, que nunca,
esquivando la batalla,
al peligro la faz hurtan?
¿Volverá á flotar en lo alto
de la alcazaba, do ondula
la bandera de Castilla,
el pendón que á España insulta?—
—Ah! ¡no! De nuevas victorias
Tarifa aliente segura:
que jamás á su caudillo
le fué adversa la fortuna,
y los que su voz acatan
sucumben por él, ó triunfan!

Oh!... sí! Védlos!... Esperando,
como suprema ventura,
el trémulo albor del alba,
su tardanza les angustia!
  Qué mucho, pues? La fé inmensa
que arde en ellos, les anuncia
que al tronar la nueva liza
en son ronco furibunda,
y al nublar el firmamento
turbión de aceradas puntas,
nuevos láuros les aguardan
del sol á la lumbre pura:
que es su causa la de Cristo,
y el cielo será en su ayuda!
Así lo esperan! Huyeron
al fin las horas nocturnas,
y el zafir desembozaron
las densas sombras obscuras;
y cándida y sonriente,
vertiendo de perlas lluvia,
la Virgen de la mañana
muestra al mundo su hermosura.
De los roncos atabales
y de las trompas agudas

de ambos bandos guerreadores
el son marcial la saluda;
y la señal esperando
para desatar la furia
que le rebosa del seno
contra el que á Tarifa escuda,
osténtase de él enfrente
el que alza la medialuna.
  La señal no tardó! Parte
de la tendida llanura
ronco redoble, y las huestes
del Corán, que á Cristo injurian,
el muro á asaltar se lanzan,
que su bélico ardor burla.
Mirad!... Las escalas tienden!...
trepan por ellas!... Asusta
ver el turbión de peñascos
y arpones con que desnuda
de piedad la hispana gente
á los qne ascienden derrumba!
  Mas no ceden los turbantes
y al asalto vuelven, y una
y otra y otra vez sangrientos
dan en polvo y lo purpuran.

Pero Don Juán, cuyo lábio
baña de amarilla espuma
el furor, que le enardece
el seno, y la faz le anubla;
Don Juán, que tenaz insiste
en el láuro de la lucha,
sin pensar que le fué adversa
desque nació la fortuna,
nuevas masas animadas
impele, que sitibundas
de abrirse paso á Tarifa
embisten ciegas de furia;
y trepando por la escala
del muro, planta segura,
tocan al fin las almenas,
y las trasponen... Fulguran
siniestras en el adarve
las cimitarras morunas,
y de los nobles cristianos
con las espadas se cruzan.

Entonces de la alcazaba
partió un grito, que retumba
en son semejante al trueno
de tempestad iracunda;

y como tromba que hambrienta
de estrago ruje sañuda,
y entrando en bosque de pinos
azótalos y los trunca,
y arrastra, como si fuesen
sus troncos robustos plumas;
así el magnánimo Alcaide,
al viento dando desnuda
en su diestra la cuchilla,
con ímpetu y fuerza hercúlea
embistiendo á los turbantes,
á quienes Cristo confunda,
los acosa en el adarve,
que huellan con planta impura,
y acuchíllalos y arrolla,
y á que frio espanto infundan
en los de su grey, del muro
los arrojó á la llanura,
do en sangre tintos cayeron
para no alzarse más nunca.
Súbito marciales sones
de la Cruz el triunfo anuncian
á la ciudad, y la rota
de las africanas lunas.

Rugió Don Juán, al oirlos
como del Orco las Fúrias;
y oyó también, para colmo
de su cólera y angustia,
los apláusos y los vítores
que el pueblo á Guzmán tributa.

VIII.

A la tibia y alba lumbre
de la luna misteriosa,
que flotaba en el vacío
cual gaya nave en las olas,
se ven vagar en el campo
de Tarifa, como sombras,
las velas que el sueño guardan
de las huestes de Mahoma.
La cristiana compañía,
que sin segunda animosa,
de Guzmán bajo la diestra,
alcanzó nueva victoria,
al rechazar los asaltos
que dieron con furia loca
á sus muros los peones
que la enseña infiel tremolan,
del sueño esquiva al halago
enervador no reposa,

y á tornar á defenderlos
muéstrase á los ojos pronta.
Divísase en la muralla
á Guzmán. Las plumas flotan
de su férreo capacete
á las áuras vagarosas.
Oh!... Miradle! Cual descuella
sobre las lozanas copas
de excelsos pinos el cedro
en arrogancia y en pompa;
así Guzmán sobresale
entre la bizarra tropa,
que á su voluntad sumisa,
y obediente á su voz, obra.
Huella el adarve á su lado
garzón de gallardas formas,
y de airoso continente,
y de faz noble y hermosa.
Aún no contaba tres lustros
y vestía espesa cota,
y de cincelado acero
calza espuelas punzadoras.
Marcial yelmo su sien ciñe,
y del cíngulo, que abrocha

á la cintura, pendientes
lleva puñal y tizona.
Es Don Pedro. Por sus venas
corre la sangre preciosa
de Alonso Pérez, que tiene
en más que su vida propia
la del gallardo mancebo
para el cual su alma ambiciona,
como noble y tierno padre,
altas venturas y gloria.
Todos en Tarifa amaban
á Don Pedro: las matronas
y las doncellas lo admiran,
porque Don Pedro atesora
la bondad y la franqueza
de las almas generosas.
Hijo y padre el muro cruzan
con lenta planta. Las horas
de la soñolienta noche
deslizábanse en paz honda,
y en campo y ciudad reinaba
el silencio de la fosa.
De improviso un pensamiento
imperio en la mente logra

de Guzmán. Pensó que fuera
noble hazaña belicosa
de los bizarros ginetes,
que la cruz, cual él, adoran,
despertar al Sarraceno,
no con el son de las trompas,
si con las agudas lanzas
dentro de la Plaza ociosas;
mas, cual previsor caudillo,
que antes de poner por obra
su intento, de realizarlo
en cuenta los medios toma,
sin olvidar cuanto pueda
ser en su favor y en contra;
así Guzmán, dando frente
á la llanura, se asoma
por entre almena y almena,
y sobre las blancas lonas
de los tendales derrama
miradas escrutadoras.
Oido atento, sus ojos
el campamento devoran.
  Todo calla en él. Rizado
por la brisa en leves ondas

el ancho mar, parecía
lanzar quejas amorosas,
cual las que exhala en su arrullo,
desde su nido, la tórtola;
y esas dulcísimas quejas,
que sin respuesta se ahogan,
son las que el mudo silencio
de la noche turbar osan,
y las que al oido llegan
de Guzmán, como las notas
que arranca céfiro blando
de la arboleda á las hojas.
Juzgó entonces que yacía
del sueño en brazos la odiosa
grey del Corán; y á salvarle
de su error, sonó la ronca
voz de ¡alerta! repetida
en la llanura por otras.
Volviendo el rostro á Don Pedro,
que, como estátua marmórea,
en el pomo de su espada,
inmóvil, la mano apoya,
díjole así: «Muchos velan,
mas ¡vive el cielo! ¿qué importa?

Esta noche á mi alto intento
darán mis lanzas corona;
y así cual hoy fué la liza
á los de Agar desastrosa,
la que de esta muda noche
el silencio augusto rompa
al entrar mis caballeros
el campamento do posan,
habrá de serles horrenda,
y de funesta memoria.»
—«Quiera Dios (su hijo exclama)
que la luz de nueva aurora
nos muestre de las falanges
del Mogreb la mengua y rota».—
«Lo querrá! (Guzmán repuso.)
No lo dudeis!... Dios otorga
á cuantos su ley acatan
y con viva fé le adoran
láuros marciales, que el tiempo
no marchita ni deshoja!»
Dijo: y Don Pedro prorrumpe:
«Pues es de Castilla gloria
el dar cima á vuestro intento,
permitid, Señor, que corra

al campo á blandir mi lanza,
de sangre africana ansiosa,
unido á los caballeros
á quienes quepa tal honra.
Yo os lo ruego! ¿Será vana
mi súplica?»—Ved que es loca
esa ansiedad que mostrais;
y aunque por extremo honrosa
no insistais en tal demanda:
sois muy jóven.—«Mas me sobran
alientos, Señor y padre,
para empresas de más monta,
y no teneis, cual la mía,
entre vuestras lanzas otra.—»
Calló: tan viril arranque
en garzón de edad tan corta,
que acceda Guzmán alcanza
á lo que aquél ambiciona.
«Cúmplase vuestro deseo,
le dijo—y en sangre roja
de esos viles africanos
traed tinta la tizona,
Y no olvides, hijo mio
ni un solo instante este axioma:

sin honor la vida es muerte...
vida la muerte con honra!
Seguidme» —Aquél obedece;
y ambos el muro abandonan,
que será mudo testigo,
apenas el dia rompa,
de una acción, que á las edades
legará en mármol la historia;
acción sin igual sombría,
si bañada en luz gloriosa....
acción por extremo grande,
y bárbaramente heróica.

IX.

Es media noche. Las velas
del fértil campo anchuroso,
donde enfrente de Tarifa
sus reales sentó el moro,
de cansancio fatigadas
quizás diéronse al reposo;
porque horas há que el silencio,
que domina en él, no han roto
ni los más leves rumores,
ni de ¡alerta! el grito ronco.

En la ciudad calla el pueblo,
mas no duerme. Con asombro
vé congregarse en la plaza,
sin que del clarín sonoro
la voz hiriente los llame,
cien guerreros animosos,
que ceñido el capacete,
cubiertos desde los hombros

á los piés de férrea malla,
y armados de ponderoso
montante, y adarga y pica,
ostentábanse orgullosos,
refrenando la fiereza
de sus corceles indómitos,
que en las márgenes pastaron
del Guadalquivir undoso.
El pueblo los vé!... y al pueblo
mal pudiera serle ignoto
del intento que los junta
lo audaz y lo generoso;
y aunque admíralos, y sabe
que á su valor no hay escollos,
y que nunca en el peligro
hurtar vióseles el rostro,
como son breves en cifra
de empresa tal para el logro,
piensa que volar al campo,
impelidos de afán loco,
sin más guía que las ánsias
de saciar rencores y odios
en el bando sarraceno,
que mostrábase á los ojos

en caballos, y hombres, y armas
mayor y más poderoso,
no es correr á alcanzar láuro,
si á caer sin gloria en polvo.
  Tal pensaba. De improviso
sobre dos soberbios potros,
que, en lo veloces, parecen
del rudo aquilón abortos,
y por su ardiente resuello
de vorace fuego mónstruos,
vió penetrar en la plaza
dos caballeros, que prontos
á mover, siendo su amparo,
el escuadrón valeroso,
toman puesto de él al frente
serenos y silenciosos.
  Rayaba en edad madura
uno de ellos; pues el rostro
le sombrea luenga barba,
blanca ya cual níveo copo;
mas no alcanzaron los años,
aunque lo destruyen todo,
debilitar su pujanza,
ni su aliento generoso,

probado en la lid con altos
hechos, que son en su abono.
De más gallarda apostura
y gentileza es el otro,
y son sus años tan breves
que apenas le apunta el bozo.
Sangre de progenie ilustre
por sus venas corre; y pocos
guerreros hay en Tarifa
que le igualen en arrojo.
Aquel es Nuño; y Don Pedro
es este bizarro mozo;
y ambos el mandato esperan
del Alcaide Don Alonso
para arrancar de la Plaza
y hacer sangriento destrozo,
en la infiel legión, y el campo
convertir en lago rojo.
Llegó al fin Guzmán ante ellos:
leve instante contemplólos:
desplegó después el labio,
y con signo imperatorio
extendiendo el diestro brazo,
expresóse de tal modo.

—«Al campo!.. Sus! Por la patria,
por el Rey y el honor propio!
No abrigueis dudas del triunfo:
que será Dios con vosotros!...
y Dios hará que esta noche,
del turbante para oprobio,
las impías huestes sean
de vuestras iras despojos!
Volad!»—No más dijo; y Nuño
y Don Pedro respetuoso
marcial saludo le rinden,
labio mudo y ledo rostro;
y aplicando el acicate
á sus corceles fogosos
parten al punto, seguidos
del bravo escuadrón, que al toro
sobrando en ardor y empuje,
y del furor en lo indómito,
en reñir rudas batallas
funda su ventura solo.
Vedlos... Allá van! Los guardas
que puso el Alcáide heróico
de la Almedina en la puerta,
descorren de ella el cerrojo,

y abriéndola, dieron paso
á los ginetes briosos.
Pasaron. Y la mirada
tendiendo al real del moro,
apréstanse á la embestida
lanza en ristre y ceño torvo.

X.

En larga fila extendidos
los castellanos ginetes,
que la ciudad de Tarifa
por Sancho cuarto mantienen,
avanzaban en silencio
al real de los infieles
con la mira en las hogueras
que en él iban extinguiéndose.
  Cual cubre tupido velo
de negra gasa en sus pliegues
la faz de hermosa viuda,
que antes fulguraba alegre;
así velan, condensándose,
en las regiones del éter
la nacarada lumbrera
nubes que del mar ascienden;

y la que era clara noche,
y reinaba en paz solemne
en el cielo y en la tierra.
se torna sombría, y vierte
de mudas tinieblas pardas
lluvia insonora, y parece,
que, envolviéndolos en ellas.
á los cristianos proteje,
á que logren dar corona
á la empresa que acometen.
¿Lo alcanzarán? La esperanza
no abandona á los valientes,
y mostróles la fortuna
el rostro risueño siempre;
y aunque es loca y es instable,
y á los que un dia enaltece,
más tarde, sin par impía,
en sucio polvo los tiende,
en ella fian los nobles
que acatan á Alonso Pérez,
porque juzgan que en las lides
no pueda contraria serles.
¡Allá van! Súbito el grito
de ¡quién vá! su oido hiere;

y mudo, sin dar espacio
á que de nuevo resuene,
repetido por los ecos,
hunde el hierro en sus corceles
el escuadrón de Castilla,
y á todo escape arremete;
y las velas que el pagano
de su campo en guarda tiene,
arrolladas en sus puestos,
sangrientas, el polvo muerden.
Como arrójase la reina
del aire sobre la liebre:
como en la arena del circo
bravo toro se revuelve,
y á lidiadores astutos
embiste con furia ardiente....
no así; veloz cual relámpago,
que brilla un instante y muere,
sobre el real islamita
cayó el escuadrón valiente,
y los que en él en sosiego
en brazos del sueño duermen,
sin imaginarse triunfos,
ni soñar vencidos verse,

sorprendidos en el sueño
despiertan á hallar la muerte.
  Parten entonces del campo
ayes y quejas dolientes,
que exhalaban los que heridos
y espirantes desfallecen;
y apagando ayes y quejas,
de improviso el viento hienden
los roncos sones del parche,
y del clarín los hirientes.
  Al bélico llamamiento
el africano obedece;
y aprestando sus peones
las armas á defenderse,
y acudiendo á la batalla,
por su honor veloces vuelven;
y sus bravos caballeros,
que á salvarlo solo atienden,
como tremenda avalancha
sobre los iberos vienen.
Afrontan estos el choque
lanza en ristre, alta la frente.
¡Chocaron!... En los escudos
las agudas lanzas hieren,

y hechas astillas cayeron
al polvo, cual cañas leves.
  Acuden al punto, ansiosos
de matar, de ira latientes,
los de la cruz á la espada,
al alfanje los infieles,
y en las diestras, ya desnudos,
relampagueando, esplenden.
  Ciegos tornando á la ofensa,
sin cuidar de defenderse,
porque á mirarse vencidos
morir con honor prefieren,
embístense, y furibundos
descargan golpes crueles,
y las espadas y alfanjes,
lanzando chispas lucientes
al chocar, en su sonido
el del ronco trueno mienten.
  Arde la lid!.... La llanura
en rojo lago convierte,
y no hay moro ni cristiano
que en tan fiera lucha ceje.
  Mas ¡ay! que siendo mayores
en cifra diez y diez veces

que los mílites de Cristo
de Mahoma los creyentes,
en ancha cerca de aceros
los acorralan en breve,
y su indómito coraje
en ella postrar pretenden.
¡En balde! Como al sentirse
herido de arpón aleve
ruge el león, y sacude
la melena, y revolviéndose,
se arroja sobre la turba
que en la selva lo sorprende;
así Nuño, y así Pedro,
con sus guerreros al verse
circundados de enemigos,
en ira noble se encienden;
y aguijando con la espuela
sus soberbios palafrenes,
contra el animado cerco
se lanzan con brio ingente;
y con tal ardor empujan,
y lo azotan y conmueven,
que al fin, logrando romperlo
á estocadas y reveses,

abren en él ancho paso
á sus bélicos ginetes.
Pasaron; y hácia la Plaza
la rienda á sus potros tuercen;
más ¡ay! herido el que rije
el noble Don Pedro, vierte
un mar de cálida sangre,
y convulso se estremece;
y al aguijón de la espuela
y á la mano inobediente,
vacila y cae, y aplasta
la tierra donde fallece.
Cayó á la par á deshora
el gallardo mozo imberbe,
al muerto bridon unido,
cual si uno solo ambos fuesen.
Bajo el costillar del bruto,
que al sucio polvo le prende
con su grave pesadumbre,
cual con doble traba fuerte,
se agita por levantarse,
se esfuerza y lucha y retuércese;
y su lucha, es lucha vana,
y sus esfuerzos estériles.

En tanto, llegó á Tarifa
la bizarra ibera gente,
después de sembrar horrores
en las africanas huestes;
y el pueblo, que no esperaba
que á sus hogares volviese,
al verla entrar en sus calles,
rompió en vítores alegres.

XI.

COMO suceden del hombre
en la miserable vida
los dolores y las penas
al placer y la alegría;
así sucedió el quebranto
en la ciudad de Tarifa,
tras el gozo con que el pueblo
saludaba y aplaudía
de Guzmán á los ginetes,
que á empresa audaz dieron cima;
y cual nunca brotan rosas
que no oculten en sí espínas;
así para los mortales
que eterna fama conquistan
con hazañas, que del mundo
á los ojos los subliman,
también las tiene la gloria
que el alma les martirizan,

y en ella Guzmán clavadas
las llevará mientras viva.
Ahogó en la ciudad un nombre
el contento que bullía;
nombre grato á los oidos,
porque el que lo lleva inspira
amor á cuantos conocen
su varonil energía,
y los nobles sentimientos
que lo avaloran; y admira
verlos fulgurar unidos
en la edad de las sonrisas.
¿Donde está Don Pedro?... ¿Donde?
Tales preguntas corrían
de boca en boca en el pueblo,
y entre los que por Castilla
y Sancho el Bravo en los moros
hicieron sangrienta riza;
y como todos callaban,
y ninguno respondía,
honda inquietud y temores
en los semblantes se pintan;
pues juzgan que fué á deshora
de su propio arrojo víctima;

y á Nuño y á los ginetes,
que creencia tal abrigan,
el láuro de la jornada
les pesa cual losa fría.
¿Qué harán? ¡Ah! Como si en todos
reinase una idea misma,
los caballeros y Nuño
unos á otros se miran,
y éste, que tiene cual ellos
de sus armas por mancilla
que Don Pedro, muerto ó vivo,
del moro ultrajes reciba,
»¡á caballo!.,. Vive el cielo!»
gritó rugiendo de ira;
y añadió: «Viles cobardes
los que mis huellas no sigan!
»Al campo! Sus! Id!... Abridme
la puerta de la Almedina;
y si las llaves os niegan,
las hachas háganla astillas:
porque os juro, Dios testigo,
que ó caigo en polvo sin vida,
ó antes que ahuyente la noche
el alborear del dia,

á Don Pedro, ó su cadáver,
he de traer á Tarifa,
no sin hacer nuevo estrago,
en los perros mogrebitas.
Volemos!»—Estas palabras
tan enérgicas y altivas,
obtuvieron de los mílítes
de aprobación muestras vivas:
y todos, siguiendo á Nuño,
que audaz los mueve y los guía,
de la Almedina á la puerta,
cual turbión, se precipitan.
De improviso grito ronco
que la confusión domina;
grito semejante al trueno
que lanza eléctrica chispa,
zumbó en el viento, y al punto
cuantos á Nuño seguían,
y él también, clavan la planta,
y la frente al polvo inclinan.
Un varón, en cruz los brazos
sobre el pecho, faz sombría,
adusto ceño, y mirada
imponente, imperativa,

les cierra el paso á la puerta,
negándoles la salida;
y ese varón, cuyo grito
heló en Nuño la osadía,
temblar haciendo á la gente,
en deseos á él unida,
era noble y caballero,
Señor de Niebla y Nebrija,
caudillo de aliento heróico
y de extremada pericia,
y fiel entre fieles... era
el Alcáide de Tarifa.
—Atrás!... atrás!—con voz ronca
volvió á exclamar—Si en la liza
por su Dios y por su pátria
y por su rey la cuchilla
esgrimió leal Don Pedro,
como á su cuna cumplía;
si cayó al fin á los golpes
de mahometanas gumías,
y exhaló el postrer aliento,
Dios, que en su eternal justicia
con amor el premio otorga
y sin desamor castiga...

Dios, que lee en nuestras almas,
en su inmortal lo reciba.
»Más si herido fué, y la suerte,
con él por extremo impía,
sometióle inerme al yugo
del invasor islamita,
no ha de faltar quien en breve
de sus trabas lo redima.
»Atrás, pues!... Cada cual vuelva
al puesto en que estar debía;
y vos, Nuño, no olvideis
lo que ahora mi labio os diga.
»Sabeis, cual yo, que el que tiene
el honor en alta estima,
sus deberes dá cumplidos,
aunque el cumplirlos le aflija.
»No ignorais que son severas
las leyes de la milicia,
y que sus sábios preceptos
á ciega obediencia obligan:
que para aquel, que poniéndolos
en olvido, los infrinja,
hay penas, y jueces hay
que en fallos justos las dictan.

»De pecar contra esas leyes
llevaís en vos la mancilla;
más sé que la culpa vuestra
de un amor sincero es hija...
del noble amor que á Don Pedro
á salvar os impelía.
»Quiero pues tenerlo en cuenta
para que de amparo os sirva;
empero habed entendido
que si en vos mis ojos miran
la mancha de nueva culpa,
cual noche de horror sombría,
verá el pueblo, y verán cuantos
bajo mi diestra militan,
vuestra cabeza elevada
en la punta de una pica
sobre la torre, que impera
la ciudad y su campiña.»
Nada más añadió. Nuño,
sin osar alzar la vista,
marcial saludo le rinde,
y a su puesto se retira;
y mientras él y los que antes
su ardiente hablar aplaudían,

y cuantos en sí encerraba
muros adentro Tarifa,
piensan con pena en Don Pedro,
porque muerto le creian;
y mientras Guzmán, la mente
en el hijo amado fija,
negaba al rostro la angustia
que el corazón le oprimía,
renacen las esperanzas,
y el júbilo y gozo brillan
en el tendal donde alienta
el Infante de Castilla,
y su labio contornaba
la vil traidora sonrisa
con que Judas en el huerto
besó á Cristo la mejilla.

XII.

Los peones, que orgullosos
de haber en Guzmán caudillo
gozan en cubrir el·puesto
donde es mayor el peligro,
creyendo que atado llevan
á su heróica enseña el triunfo
meditabundos ahora,
y el corazón conmovido
de fatal presentimiento,
inclinan el rostro altivo,
llena de pesar el alma,
cual si viéranse vencidos;
y dibújanse á los ojos
como fantasmas sombríos,
sobre los muros, que cierran
de la ciudad el recinto.

Planta en tierra, los ginetes
son en la plaza, y asido

con la siniestra tenian
el lanzón, en sangre tinto
de los guerreros infieles
sus feroces enemigos,
y al par en la diestra mano
ligeramente oprimido
el rendaje, que refrena
de sus corceles el brío.

No se ostentan ya, cual antes,
satisfechos de sí mismos
los bizarros caballeros,
que de sombras protegidos,
con sin par audacia entrando
el campamento morisco,
sembraron en él la muerte
con sus lanzas y cuchillos.
No!... Miradles!... De su pecho
huyendo el júbilo antiguo,
halló en él aguda pena
entrada libre y abrigo!

Inmóviles, como estátuas,
y en silencio sumergidos,
y con la mente en Don Pedro,
y en tierra los ojos fijos,

sufren; porque á la obediencia
de severa ley sumisos,
no obran hora, como ansian
y aconséjales su espíritu.
Allí con ellos es Nuño,
silencioso y pensativo,
el mirar amenazante,
adusto el ceño y fruncido,
nublada la altiva frente,
amoratado y sombrío
el rostro, y como en espejo
de terso cristal y limpio,
retratada en él la ira,
que le enciende en fuego vivo
el corazón generoso
y duplica sus latidos.
¿Qué mucho? Amaba á Don Pedro,
como si fuera su hijo,
y el pesar que le afligía
de no verle allí consigo,
en ira ferviente y ciega
resolvióse de improviso,
y en sed de abismar en sangre
al africano maldito.

Guzmán sufría y callaba,
y venciéndose á sí mismo,
negaba al rostro la pena
que en el corazón le ha herido;
y descollando en el muro.
con sus armas en el cinto,
devoraba con la vista
el campo, mudo testigo
del gran valor de Don Pedro,
y de su fatal destino.
El pueblo... en tan triste noche
no hubo en él hogar tranquilo:
nadie en ellos reposaba;
porque siempre el sueño ha huido
de allí, donde la tristeza
hace sentir su dominio;
y en todos sonaba el nombre
del garzón, modelo digno
de la altivez española,
y de su indómito brio.
Sonaba sí! Y recordando
los dones en él unidos
por la suprema y divina
voluntad del Infinito,

su infortunio deploraban
entre lúgubres suspiros
las hembras, y los varones
ensalzaban su heroismo.
Paz solemne y misteriosa,
cual la del sepulcro frio,
presidía en la alcazaba,
y ni el más leve ruido
ni el rumor más blando y ténue
partían de ella al vacío.
Allí en opulenta cámara,
do vierte fulgor rojizo,
colgada de la techumbre,
aúrea lámpara, y do ricos
tapices de seda ocultan
sus recios muros y altivos,
vése una matrona, ilustre
por sus prendas y apellido,
que en ancho sitial sentada,
deja ver los atractivos
de su rostro, sombreado
por el cabello, que en rizos,
olorosos descendía
de sus sienes, descogido.

En su blanca tez formaban
maridaje peregrino
el jazmin níveo y la rosa,
gloria del Mayo florido.
Fiel esposa y tierna madre,
por no apartarse de su hijo
ni de su esposo, á Tarifa
á vivir con ellos vino;
y partiendo entre uno y otro
sus cuidados y cariño,
de matrona y de consorte
dá los deberes cumplidos:
Duerme? Sí!—La infáusta nueva,
que en los guerreros de Cristo
trocó en duelo la alegría
que les infundiera el triunfo,
no la llevó á la alcazaba
la brisa en su ráudo giro,
ni la trasmitió la eterna
enemiga del olvido.
¿Dormiría, si supiese
que quien es de su amor ídolo,
de ella apartado, arrastraba
la cadena del cautivo?

Dejémosla pues! El sueño
quizás en dulce delirio
venturas le vaticine,
que para ella han huido;
y el despertar de ese sueño
será su eterno martirio!
Mientras ella duerme, espera
Guzmán que el lucero nítido,
que desgarra de la noche
el pardo crespón sombrío,
le redima de la duda
á que dió en el alma asilo...
duda horrenda, qne es al alma
fiero, espantoso suplicio!
Lo espera!.. lo espera!.. Nunca
brillara para él! Dios quiso
poner la lealtad á prueba
de tan egregio patricio,
y brilló al cabo en el cielo
el lucero matutino!
Brilló!... y á la par sonaron,
entre asordadores gritos,
los atabales y trompas
del campamento enemigo;

y de igual son replicando
los de Alonso Pérez, vimos
de Tarifa en la muralla
á sus varones invictos
armados, y á todo evento
el ánimo apercibido.
Callaron al fin las trompas
en el real fronterizo,
y los iberos clarines
apagaron su sonido.
Leve un instante, ginete
sobre lozano tordillo,
que salpicaba de espuma
el suelo en sus resoplidos,
vióse gentil sarraceno
trasponer el semicírculo
que formaban en el campo
las huestes del islamismo,
y avanzar hácia la Plaza,
mostrando al asta prendido,
que alzaba su diestra mano,
cándido flotante lino.
Al trote del fiero bruto,
por su mano reprimido,

llegó al pié de la muralla,
y la voz alzando, dijo:
»Haced saber al Alcaide
don Guzmán que del caudillo
que mantiene de esa Plaza,
por mi soberano, el sitio,
traigo para él un mensaje,
y que me escuche le pido.»
Alonso Pérez, que estaba
en el adarve, al oirlo,
dejóse ver en la almena,
y respondió: «soy el mismo
á quien don Juán os envía.
Os escucho. Sed conciso.»
No habló más. El mensajero
rindióle cortés cumplido:
después el hablar desata
firme acento y llano estilo.
»Aláh, ante quién somos hojas
que arrastra aquilón bravío,
si en la batalla de anoche
darnos el laurel no quiso,
no le negó recompensa
á nuestro esfuerzo su juicio.

«Don Pedro lidió cual lidian
los nobles. No le vencimos.
De Aláh, que todo lo puede,
cumplióse en él el designio.»
—¿Murió?—Guzmán le pregunta,
interrumpiéndole—«Herido
de muerte (aquel le responde)
su caballo, á tierra vino;
y debajo de él cayendo
el jóven, lo sorprendimos
luchando por levantarse,
y fué de don Juán cautivo.
»Su mandato obedeciendo,
vengo en su nombre á deciros,
que si accedeis de buen grado
á lo que os proponga él mismo,
la libertad obtendreis
de don Pedro vuestro hijo.»—
Así dió fin al mensaje
el infiel; y pensativo
quedó Guzmán un momento
con los ojos en él fijos,
y después en breves frases
con voz pausada le ha dicho.

«Decid á don Juán que venga
cuando le plazca; y que fio
en que no ha de proponerme
ningún proceder indigno
para lograr el rescate
de don Pedro, como ansío.
Id pues.»—Partió el mensajero.
Guzmán esperó intranquilo
á don Juán. ¿Qué mucho? ¿Cuando,
cual caballero cumplido,
pudo obrar, quién tiene el seno
á nobles hechos vacío?

XIII.

AL son marcial de las tropas
ibéricas y africanas,
difundido por el viento
que lo condujo en sus alas,
doña María, la esposa
de Guzmán, la ilustre dama,
á quien dejamos dormida
en la soberbia alcazaba,
despertó del sueño blando
en que yacía postrada.
Despertó; pero no oyendo
partir del llano y la Plaza
fieros ni ofensas, ni roncos
gritos de guerra y venganza,
juzgó el sonar de las trompas
bélico saludo al alba.
Tranquila, pues, permanece
en la ancha silla sentada,

sin que dudas ni zozobras
su espíritu preocuparan,
y caer dejando el brazo
siniestro sobre la falda,
la noble hermosa cabeza
en la diestra mano carga.
Mas ay! ¿Por qué derramando
en derredor la mirada,
la expresión de su semblante
repentinamente cambia,
y en su faz de nieve y rosa,
como de cristal en lámina,
el malestar, que le apena
el corazón, se retrata?
La soledad presidía
de la esposa fiel la cámara,
y la soledad se busca,
y la soledad es grata,
cuando fieros desengaños
nuestra existencia acibaran,
y en los acervos dolores
para desahogar el alma
con el llanto: que no quieren
otro testigo las lágrimas!

Mas para ella, en cuyo seno
aún no halló el dolor entrada,
ni traidores desengaños
vertieron su hiel amarga,
la soledad era triste,
cual nebulosa mañana,
ó como noches de insomnio
que hondas fatigas nos causan.
De improviso incorporándose
en el sitial, la faz alza,
y con voz sonora al paje
de su noble esposo llama.
Levantando el tapiz rico,
que de la puerta la entrada
cubre á la vista, penetra
el jóven paje en la estancia.
Ante la ilustre Señora
inclinando el rostro, aguarda
su mandato; y ella al verle
pregúntale; «¿do se halla
vuestro Señor?»—«¿Y él responde:
«En el muro. No descansa
ni un instante; en resistencia
Señora, nadie le iguala.»

«Y Don Pedro?» (á interrogarle
ella volvió). – No se aparta
de su lado» (aquel repuso).
«Lo sé!... saberlo me basta
para hallar en las zozobras,
que asaltarme suelen, calma.
Seguidme, pues; quiero verlos.» —
Y esto al decir, se levanta
del sitial, y se dirije
á la puerta y la traspasa,
seguida del jóven paje,
que de servirla se ufana.
De la escalera torcida,
que en la elevación remata
de la torre, tras él, ella
sube las estrechas gradas,
y en las almenas mostróse
con asombro de los guardas.
Desde ellas en el adarve
del muro el mirar derrama,
y vé á Guzmán; á su lado
ver á Don Pedro no alcanza,
y con inquietud interna,
que del seno al rostro salta,

devora Doña María
con los ojos la muralla,
buscando entre los guerreros
al hijo de sus entrañas.
«No es en ella! con voz triste,
y mirando al paje, exclama;
y la cabeza inclinando
pesaroso, el paje calla.
»¿Qué es de Don Pedro?» pregunta
entonces con voz airada
la esposa del noble Alcáide
á los que allí son en armas;
y ellos, sabiendo que oprímenle
del cautiverio las trabas;
que llegar viéronle al muro
entre la escolta africana
de Don Juán, el vil Infante
traidor á su rey y á España...
ellos en fin, que no ignoran
que lo oculta á la mirada
de la triste en tal momento
la puerta de la Aljarama,
al escuchar tal pregunta
profundo silencio guardan.

¿Quién anunciarle osaría
de su hijo la desgracia?
Librólos de la respuesta
la brisa de la mañana,
llevando de ella al oido
estas horribles palabras,
que como dardos agudos
el corazón le taladran.
—»Aquí teneis al cautivo.
Miradle, Guzmán. Si en ánsias
os ardeis de rescatarlo,
fío que serán saciadas:
que es en vuestras manos verlo
libre de férreas amarras.»
—Vos, Don Juán, poned el precio.—
»Vuestras riquezas no os bastan
á redimirle, y podeis
á otros fines conservarlas.»
—¿Qué exigis pues?—«En Tarifa
tengo mi honra empeñada,
y mi honra me la pide,
y mi voz os la demanda...
solo á tal precio se rompen
las cadenas que le traban.»

—Un noble no accede nunca
á exigencia tan villana!
Como noble y caballero
homenaje de esta Plaza
hice á mi Rey; y si en ella
teneis la honra empeñada,
también en ella es la mia,
y la mia no se mancha.
Mientras viva yo, sus puertas
vereis para vos cerradas,
y cerradas para el moro,
que pretende en vano entrarlas;
y antes que daros sus llaves,
antes que Tarifa esclava
torne á ser del africano,
la haré pasto de las llamas!
Tenedlo pues entendido,
y obrad, Don Juán, como os plazca.—
»Acabemos. O nos dais
en la ciudad libre entrada,
ó rodará la cabeza
del hijo vuestro á mis plantas.»
—No es, Don Juán, para mí nueva
esa infernal amenaza,

que en paz y en guerra vos siempre
os valísteis de artes malas.
Con desprecio inmensurable
la escuché!... Si la esperanza
pusísteis del triunfo en ella,
juro al cielo hacerla vana!...
Y ya que siempre habeis sido
maestro en odiosas tramas,
y sois hora en pro de infieles
traidor al Rey y á la pátria,
á cerrar de vuestra historia
las ignominiosas páginas,
y ser más vil que los viles
que en cieno inmundo se arrastran,
os falta ser asesino...
sédlo pues!... tomád mi daga!—
Y arrojándosela al campo,
le volvió Guzmán la espalda,
y descendiendo del muro,
dirigióse á la alcazaba.
La infeliz Doña María,
que oyó la respuesta dada
por su esposo Alonso Pérez
de Don Juán á la demanda,

y á su brutal y sangrienta
y aterradora amenaza,
lanzó de lo hondo del seno
un ¡ay! en son que desgarra,
y semejante al crujido
del corazón cuando estalla
so la inmensa pesadumbre
del dolor que lo quebranta;
y cual loca, sin sentido
de la excelsa torre baja,
en gemidos deshaciéndose
y vertiendo un mar de lágrimas.
¿A dónde vá? ¿No era madre?....
Qué madre á su hijo no ampara?
Vá á implorar que de Tarifa
las puertas al moro se abran,
para redimir al suyo
de la muerte que le aguarda!
¿Qué le importa que las huestes
del Emir, que impera en Africa,
claven su enseña en las torres
de la ciudad, si lo salva?
Avista á Guzmán: abrevia
el trecho que de él le aparta:

en ademán suplicante
á él llega, y la voz le falta
para el ruego: la congoja
ahogósela en la garganta;
y duplicando los ayes
y gemidos la cuitada,
con los ojos le decía:
«¡dádme al hijo de mi alma!»
¿A quién no apiada su llanto?
Guzmán sufría y callaba!
Qué más codiciara él mismo
que decirla: «á tu hijo abraza!..
ahí lo tienes!... La alegría
en tu corazón renazca!
Mas su honor y el juramento
que hizo en Sevilla al monarca
le gritan con voz terrible,
»antes que todo es la pátria,
»si no cumples lo jurado,
»su maldición en tí caiga.»
¡El maldito!... Nació noble!..
Guzmán no entrega la Plaza.
De improviso rumor sordo,
que del campamento se alza.

halló respuesta en un grito
que partió de la muralla;
y que apellidando aleve
al torpe Infante de España,
exécralo, y pide al cielo
y á su justicia venganza.
Oyó con horror tal grito
la madre desventurada,
y temblorosa, convulsa
y más que la cera pálida,
oprimiéndose la frente
de ambas manos con las palmas,
se desplomó sin sentido,
y el rostro en la tierra estampa.
Al verla caer, del pueblo
doncellas y nobles damas,
su infortunio lamentando,
acudieron á ampararla.
«No la abandoneis.» (les dijo
Guzmán) El deber me llama.»
Y veloz corriendo al muro,
en la diestra mano el hacha,
y la sangre hecha veneno
por el furor que le inflama,

el mirar desde él inclina
al campo, y vió separada
de los hombros la cabeza
de su hijo, y que allí estaba,
de Satán con la sonrisa
su asesino contemplándola,
desnuda aún en su diestra,
y tinta en sangre la espada.
  Guzmán le miró!... Su rostro,
do la nobleza brillaba,
fué en tal momento de azufre,
y sus ojos fueron ascuas:
que á ser rayos, ni un instante
Don Juan de vida gozara.
  Sin domar ni un punto la ira
vengativa en que se abrasa;
más dominando la pena
que el corazón le prensaba,
tornó la vista á su gente,
y con voz entera exclama.
«Imaginé que esos perros
los adarves nos ganaban;
vuestros gritos engañáronme,
y siéntolo; porque ansiaba

arrojarlos al infierno
á los golpes de mi hacha!»
No añadió más; y cumplido
vió su ansiar!.. Feroces masas,
con estridor espantable
se agolpan á la muralla,
por el Infante impelidas
que ruge ciego de rabia.
Entre la lluvia de piedras
y de arpones que lanzaban
sobre ellas los defensores
de la ciudad asediada,
lograron los sarracenos
tender al fin las escalas;
y cuantos trepan por ellas
heridos caen, y aplastan,
enrojeciéndolo, el polvo
dó el postrer aliento exhalan.
Más no hay ceder!... y al asalto
con doble furor y saña
una vez y otra vez vuelven
las falanjes mahometanas,
y una vez y otra del muro
á besar la tierra bajan,

dó sobre muertos y heridos
se revuelcan y desangran.
En tal dia el fiel Alcáide
y heróico en lucha tan bárbara
dió á los manes de su hijo
fiera, si justa, venganza;
pues fué en su diestra el acero
de la muerte la guadaña.
Hubo fin la horrenda lucha
cuando en sombras abismada
dejó la noche á la tierra,
al tender su negra gasa;
y Don Juán, que vió el estrago
que en las haces africanas
sembraron los que á Castilla
ilustran con sus hazañas,
juzgando estéril su esfuerzo
á penetrar en la Plaza,
defendida con braveza
por varon de prez tan alta,
á quién detesta y maldice
porque el triunfo le arrebata,
sus rotas falanjes junta,
y muertas sus esperanzas,

de tinieblas protegido,
veloz el campo levanta.

XIV.

MIENTRAS el heróico Alcáide
de Tarifa en la Alcazaba,
después que huyeron el campo
las falanjes africanas,
entregábase á la pena
que abrió en su seno honda llaga,
y en las sombras de la noche
vertía oculto las lágrimas,
que al brillar la blanca aurora
al noble rostro negaba;
mientras en mullido lecho,
por fiebre intensa postrada,
su esposa Doña María,
modelo de ilustres damas,
seco en sus ojos el llanto,
y muerta á la dicha el alma,
repetía el dulce nombre
del hijo de sus entrañas,

delirante imaginando
que en sus brazos lo estrechaba;
y mientras llenos de angustia
el pueblo y la gente armada
deploraban del bizarro
Don Pedro la suerte infáusta,
la nueva del hecho heróico
de Guzmán llevó la fama
á la capital hermosa,
que el límpido Betis baña,
donde reina la alegría,
donde asiento el placer halla.
Corrió allí de boca en boca,
resonó en el régio alcázar
y en los templos, y sus sones
desataron las campanas.
Magnates y palatinos,
varones de prendas altas
á felicitar acuden
al castellano Monarca;
y llegando respetuosos
del solio augusto á las gradas,
el parabién le rindieron
por el triunfo de sus armas.

Recibiólo Sancho el Bravo
afables rostro y mirada,
y por respuesta, en tal suerte
dirigióles la palabra.
«Como á Vos, me es halagüeña
»la gran victoria alcanzada
»en defensa de Tarifa
»contra huestes mahometanas.
»Guzmán cumplió, como cumplen
»varones de su prosapia:
»pues venciéndose á sí mismo
»por el honor de la Pátria,
»ató el láuro á su bandera,
»sobrando mis esperanzas,
»y brillando, como ejemplo
»de lealdad castellana.
»En las lides, que los campos
»truecan en sangrienta charca,
»lides que altivas naciones
»unas contra otras inflaman
»por ensanchar sus fronteras,
»ó satisfacer venganzas,
»se vén hechos de tal monta,
»que en justo pago demandan

»admiración á los pueblos,
»honores á los monarcas.
»El que Guzmán ha legado
»á las históricas páginas,
»con universal asombro,
»á los ojos lo realza;
»y siendo en mí el otorgarle
»(por ser digno de honra tanta)
»un título, que recuerde
»su lealtad acrisolada,
»concédole que una *El Bueno*
»al nombre de que se ufana.
»Por tal se le reconozca
»en cuanto mi cetro abarca;
»y entended que es ley suprema
»de mis labios la palabra.»—
Así pagó Sancho el Bravo
la acción de Guzmán, preclara
á los ojos de Castilla,
á los de las madres bárbara.
Si á cuantos llevan pendiente
del cinto cortante espada,
y bruñido casco ciñen,
y punzante espuela calzan,